

Hope that Anchors Us

Facing the end of life, whether for ourselves or someone we love, can stir fear, sadness and deep questions about what lies ahead. Yet, in these moments, we are called to cling to a hope far greater than anything this world offers. Christian hope is not just a wish for things to improve; it is a certainty, rooted in a person who will never fail us. Our hope rests in the One who guarantees it—Jesus Christ, who holds our future in His hands.

So how do we truly live out this hope, especially when suffering weighs heavy?

Let us use the letters of the word “hope” to reflect more deeply on the assurance Jesus has given us.

Holding Fast to Christ

Our hope is not in vague ideas but in Jesus Christ: God who took on flesh, loved us to the end, and conquered death. When life’s final chapter feels uncertain, He remains our sure and steadfast anchor. We are held by a God who keeps His promises. “The mystery of the Redemption of the human person is in an astonishing way rooted in the loving involvement of God with human suffering. That is why we can entrust ourselves to God and to convey this certainty in faith to the person who is suffering and fearful of pain and death.”¹

Overcoming Death

Through His resurrection, Jesus Christ, overcame death and gave us the hope of joining Him in eternal life. Eternal life is a relationship with our Lord who does not die, who is Life and Love itself. “Death is a decisive moment in the human person’s encounter with God the Savior.”² Thanks to the grace of Christ, death is not the end of life but a promise of communion with God. This is the glorious future awaiting us, and the great hope that steadies us even now when we are suffering.

Persevering in Solidarity

The Gospel is not just information; it transforms. It changes our life and enables us to act. Since we know who holds our tomorrow, we can face today’s fears with courage. This hope reshapes how we face suffering. It means living our final days not in despair, but with joy, offering our pain as prayer and witness.

This hope is not just for us; it is a light we pass to others. In hospice rooms, family conversations, and quiet acts of care for others, we become living reminders that no life is beyond God’s reach. “The scene of the Cross provides a way of understanding that even when it seems that there is nothing more to do there remains much to do, because ‘remaining’ by the side of the sick is a sign of love and of the hope that it contains.”³ Together, we can build communities anchored in solidarity that no illness or grief can destroy. We believe that every human

life, to the very last breath, has inestimable value and demands our protection and care.

Embracing Suffering

Jesus did not just observe human suffering—He entered into it. Our God chose to become like us! Love Himself chose to suffer with us, and that changes everything. Even when we feel alone, He is there, whispering, “I am with you.” Our suffering becomes meaningful when united to Christ’s suffering on the Cross. When we unite our pain with His, it becomes a share in God’s redeeming work, a mystery where our deepest wounds become vessels of grace. This is the scandal of our faith: a God who did not spare Himself so that we would know we are never abandoned.



Isaiah the prophet tells us, “They that hope in the Lord will renew their strength” (Is. 40:31). In life’s hardest moments, let us fix our eyes on our Lord Jesus Christ. He walks this path with us, redeems our struggles, and promises a dawn where every tear is wiped away. May His hope light our way, guiding us and our loved ones to our heavenly home with Him.

¹ *Samaritanus bonus*, Conclusion.

² Ibid, V, 10.

³ Ibid, II.

Scripture texts in this work are taken from the *New American Bible, revised edition* © 2010, 1991, 1986, 1970 Confraternity of Christian Doctrine, Washington, D.C. and are used by permission of the copyright owner. All rights reserved. Excerpts from *Samaritanus bonus (On the care of persons in the critical and terminal phases of life)* © 2020, Libreria Editrice Vaticana. Used with permission. All rights reserved. Models used for illustrative purposes only. Copyright © 2025, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. All rights reserved.



UNITED STATES CONFERENCE OF CATHOLIC BISHOPS
Secretariat of Pro-Life Activities | uscgb.org/prolife



fb.com/uscgbrespectlife



[@uscgbprolife](https://twitter.com/uscgbprolife)



[@ProjectRachel](https://twitter.com/ProjectRachel)

La Esperanza que nos sujeta

Enfrentar el final de la vida, ya sea para nosotros mismos o para alguien que amamos, puede despertar miedo, tristeza y preguntas profundas sobre lo que nos espera. Sin embargo, en estos momentos, estamos llamados a aferrarnos a una esperanza mucho más grande que lo que este mundo ofrece. La esperanza cristiana no es solo un deseo de que las cosas mejoren; es una certeza, arraigada en una persona que nunca fallará. Nuestra esperanza descansa en Aquel que la garantiza: Jesucristo, quien tiene nuestro futuro en Sus manos.

Entonces, ¿cómo vivimos realmente esta esperanza, en especial cuando el sufrimiento pesa mucho?

Pensemos en diferentes aspectos de la "esperanza" para reflexionar más profundamente sobre la certeza que Jesús nos ha dado.

Aferrarse a Cristo

Nuestra esperanza no se basa en ideas vagas sino en Jesucristo: Dios que se hizo carne, nos amó hasta el fin y venció a la muerte. Cuando el capítulo final de la vida se siente incierto, Él sigue siendo nuestro ancla segura y firme. Nos sostiene un Dios que cumple sus promesas. “El misterio de la Redención del hombre está enraizado de una manera sorprendente en el compromiso amoroso de Dios con el sufrimiento

humano. Por eso podemos fiarnos de Dios y transmitir esta certeza en la fe al hombre sufriente y asustado por el dolor y la muerte”.¹

Vencer a la muerte

Por Su resurrección, Jesucristo venció la muerte y nos dio la esperanza de unirnos a Él en la vida eterna. La vida eterna es una relación con nuestro Señor que no muere, que es la Vida y el Amor mismo. “El momento de la muerte es un paso decisivo del hombre en su encuentro con Dios Salvador”.² Por la gracia de Cristo, la muerte no es el final de la vida, sino una promesa de comunión con Dios. Este es el glorioso futuro que nos espera, y la gran esperanza que nos calma incluso ahora que estamos sufriendo.

Perseverar en la solidaridad

El Evangelio no solo informa; transforma. Cambia nuestra vida y nos permite actuar. Como sabemos quién tiene nuestro mañana, podemos enfrentar los miedos de hoy con valentía. Esta esperanza cambia la manera en que enfrentamos el sufrimiento. Significa vivir nuestros últimos días no con desesperación, sino con alegría, ofreciendo nuestro dolor como oración y testimonio.

Esta esperanza no es solo para nosotros; es una luz que brindamos a los demás. En las habitaciones de hospicio, las conversaciones familiares y los actos silenciosos de cuidado hacia los demás, nos convertimos en recordatorios vivientes de que

ninguna vida está fuera del alcance de Dios. “La escena de la Cruz proporciona un elemento adicional para comprender que también cuando parece que no hay nada más que hacer todavía queda mucho por hacer, porque el ‘estar’ es uno de los signos del amor, y de la esperanza que lleva en sí”.³ Juntos podemos construir comunidades ancladas en solidaridad que ninguna enfermedad ni dolor pueden destruir. Creemos que cada vida humana, hasta el último aliento, tiene un valor inestimable y exige nuestra protección y cuidado.

Abrazar el sufrimiento

Jesús no solo observó el sufrimiento humano, sino que entró en él. ¡Nuestro Dios eligió ser como nosotros! El amor mismo eligió sufrir con nosotros, y eso lo cambia todo. Incluso cuando nos sentimos solos, Él está allí, susurrando: “Estoy contigo”. Nuestro sufrimiento cobra importancia cuando se une al sufrimiento de Cristo en la Cruz. Cuando unimos nuestro dolor al Suyo, participamos en la obra redentora de Dios, un misterio donde nuestras heridas más profundas se convierten en vasijas de gracia. Este es el escándalo de nuestra fe: un Dios que no se escatimó para que supiéramos que nunca nos abandona.



El profeta Isaías nos dice: “Pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas” (Is. 40,31). En los momentos más difíciles de la vida, fijemos nuestros ojos en nuestro Señor Jesucristo. Él recorre este camino con nosotros, redime nuestras luchas y promete un amanecer donde se enjugará toda lágrima. Que su esperanza ilumine nuestro camino, guiándonos a nosotros y a nuestros seres queridos hacia nuestro hogar celestial con Él.

¹ *Samaritanus bonus*, Conclusión.

² *Ibidem*, V, 10.

³ *Ibidem*, II.

Los textos bíblicos de esta obra están tomados de *El Libro del Pueblo de Dios*, Libreria Editrice Vaticana y se usan con el permiso del dueño de los derechos. Se reservan todos los derechos. Extractos de *Samaritanus bonus* (Sobre el cuidado de las personas en las fases críticas y terminales de la vida) © 2020, Libreria Editrice Vaticana. Se utiliza con permiso. Se reservan todos los derechos. Copyright © 2025, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. Se reservan todos los derechos.



CONFERENCIA DE OBISPOS CATÓLICOS DE LOS ESTADOS UNIDOS
Secretariado de Actividades Pro-Vida | usccb.org/prolife



fb.com/usccbrespectlife



[@usccbprolife](https://twitter.com/usccbprolife)



[@ProjectRachel](https://www.instagram.com/ProjectRachel)